

Sea derramándose a raudales la gracia bendita del Espíritu Santo y sean así cayendo como gotas de rocío vivificante, como perlas escanciadas, todas y cada una de las bondades que Dios os concede en esta bendita alba de gracia en que acudís, movidos por ese sentimiento que embarga vuestros corazones y os hace vibrar de júbilo ante el anuncio de la llegada de un Creador, representado en la figura de su Divino Hijo, en esa conjunción universal que representa para vosotros, el advenimiento de su Unigénito Amado, la llegada de cuanto puede representar en esperanza, en fe y en caridad para vuestros semejantes y hermanos que si bien, de cierto y en verdad, necesitan de vosotros, sois vosotros también necesitando de ellos continuamente, porque debéis entender, que para que un mentor pueda impartir de su enseñanza, hubo que conocer primero de ella, hubo que aprender lo necesario para saber impartirlo a los demás y vosotros, mis hermanos benditos, sois aprendiendo unos de otros, a llevar y sobre llevar las experiencias que vais viviendo, sois aplicando las reglas de un manual aprendido en teoría, pero la práctica, ésa la lleváis paso a paso, codo con codo como decís, al estar al lado de vuestros hermanos y daros cuenta que si difícil es a veces vuestra vida, no lo es menos la del que lleváis al lado y si bien no os parece tan insopportable, es porque ya lleváis ese conocimiento necesario para dilucidar lo que es menester, para actuar con la bonhomía correspondiente, pero sobre todo, para seguir esos lineamientos de los que tenéis la certeza que os sacarán avante; éso, mis hermanos, se llama fe, fe profunda en un Creador que sabéis que no os dejará solos, en ese Padre Universal que posa su mano en vuestro hombro para alentáros cuanto lo necesitáis, en esa Trilogía Bendita que ha venido a formar parte inherente de vuestra vida cotidiana, porque le lleváis impresa en el nombre de Dios grabado en vuestros labios y sois así desencadenando esas amarras que antes os ataron a la carne, para dar paso a una nueva libertad, la libertad de espíritu, que deseando purificarse cada vez más, siente ese deseo impulsado por la fuerza que ahora experimentáis, cuando os sentís crecer y agigantáros en un proceso natural para quienes como vosotros, estáis ya adelantados en ese camino que os conduce a ese Creador.

TOBIAS

Pierde la fuerza y hace decaer al espíritu, quien no enarbola firmemente la bandera de la fe, quien no mantiene encendida esa antorcha, que arde en el pecho de cada uno de vosotros, los que habéis conocido la fe, la verdadera fuerza que os impele a actuar con seguridad, con la certeza de que un Creador está delante de vosotros para estimularos a dar esos pasos, como el pequeño que empieza a caminar y es animado a dar sus primeros pasos con la seguridad, de que ante el riesgo de caer, siempre encontrará unos brazos vigorosos que le impedirán caer y lastimarse; vosotros, mis hermanos, no sólo tenéis ya esa certeza, sino que siendo tanto lo que habéis asimilado, podéis permitiros además el esfuerzo de acarrear consigo otras manecitas, para no dejarles caer.

URIEL

Bella y reluciente como la aurora misma, es el aura de aquél que sabe ir seguro por esos caminos, que sabe cuánto puede lograrse con el buen entendimiento y la razón y no le dañan las heridas provocadas por factores externos, porque le es resarciendo sus heridas, ese vigor reparador que lleva en su propia alma, esa fuerza que comparte con su espíritu, cuando ha aprendido ya que en cada caso, basta con abrir de sus alas y cobijarse en su Creador.

RENÉ